

Sloterdijk, Peter (2003) *Esferas I. Burbujas, Microesferología*. Madrid, Siruela. Traducción de Isidoro Reguera, 583 páginas.

Sloterdijk, Peter y Heinrich, Hans-jürgen (2004) *El sol y la muerte*. Madrid, Siruela. Traducción de Germán Cano, 367 páginas.

Para una arqueología de lo íntimo¹

John Arango Flórez*

jarangof@eafit.edu.co>

*Esferas son creaciones espaciales
sistémico-inmunológicamente efectivas,
para seres estáticos en los que opera el exterior.*

Sloterdijk, Esferas I

Con esta elegante frase comienza el escarpado camino de Peter Sloterdijk hacia la cima de sus *esferas*, un libro en tres tomos en el que, además de describir y definir un concepto filosófico nuevo para entender el espacio como esencialmente ocupado por y desde *burbujas*, *globos* y *espumas* (los subtítulos de los tres tomos), encontramos un recorrido rico en figuras poéticas que iluminan el camino hacia el reconocimiento del espacio esférico,

como el de la vivencia cotidiana del hombre. El lector de *Esferas* encuentra una filosofía que se aventura por caminos apenas trasegados en la historia del pensamiento. El espacio, su preocupación principal, es aquí presentado como posible de ser pensado, tanto como de ser vivido tal cual es pensado: “Por eso tiene hoy más sentido que nunca la indagación de nuestro [dónde], puesto que se dirige al lugar que los hombres crean para tener un sitio

¹ Esta reseña surge de una sugerencia de Olga López, en el marco del semillero de investigación en Estudios Urbanos, adscrito a la Escuela de Ciencias y Humanidades de la Universidad Eafit.

* Arquitecto. Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Eafit y de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la Universidad Pontificia Bolivariana. Candidato a especialista en Estudios Urbanos de la Universidad Eafit.

donde poder existir como quienes realmente son. Ese lugar recibe aquí el nombre de *esfera*” (2003, pp. 36-37).

En el primer volumen, *Burbujas*, que es el centro de atención de esta reseña, hacemos lo que el autor llama una “inmersión abismal en lo más cercano”, refiriéndose a las espacialidades de intimidad de los sujetos, al asistir al espacio esférico primigenio del hombre, el vientre materno, a relaciones íntimas entre rostros, entre corazones y entre trinidades teológicas; espacios que rozan la inexistencia por la cercanía física y espiritual que tienen con sus ocupantes-ocupados.

Pero estas relaciones íntimas deben aclararse en un sentido, no puede hablarse de intimidad cuando el sujeto se presenta solo: estas esferas íntimas siempre implican un segundo; habitar en burbujas es, como el mismo Sloterdijk dice, empezar a contar desde dos, es esencialmente ser gemelo.

El subtítulo del primer tomo reza: “Burbujas, microesferología”, y sabemos por cuenta de Hans-jürgen Heinrichs que el boceto previo del libro llevaba por subtítulo “Arqueología de lo íntimo”. Este último da algunas pistas sobre el objetivo inicial del autor, la búsqueda minuciosa y rigurosa de ese, al parecer, muy oculto concepto, *lo íntimo*. Aquí se concentra toda la erudición del autor: la intimidad es

rescatada de sus más recónditos escondrijos, desde las relaciones entre corazones enamorados hasta la extática inmanencia de la trinidad cristiana, pasando por intimidades entre rostros, entre el feto y la placenta, en la relación psicoacústica de saludo de bienvenida de la madre con su recién nacido, en la relación del hombre con el territorio de sus ancestros, en fin, una serie de estrategias que bien se haría en llamarlas arqueológicas, que muestran que la investigación histórica es una herramienta imprescindible para el filósofo.

Microesferología

¿A qué se refiere Sloterdijk cuando habla de microesferas, de burbujas?

Sorprende la poética imagen, al comienzo, de un niño insuflando pompas de jabón, no sólo por inesperada sino también por acertada en su engañosa literalidad con el subtítulo; lo que interesa realmente de la escena no es que sea la metáfora correcta en relación con el subtítulo, sino que la imagen es analizada en términos fenomenológicos, o mejor, para seguir al autor, esferológicos, a saber, el niño sale de sí para acompañar a su pompa por los aires, para mantenerla viva. Mientras la nerviosa construcción es llevada y traída por el viento, su creador está con ella hasta que

estalla. Esta íntima conexión se plantea como la díada esférica, la relación primigenia en la que los dos polos conforman un estado de coexistencia, una burbuja, un momento de intimidad. “Admirado, en solidaridad con sus pompas tornasoladas, experimentando, el jugador se lanza al espacio abierto y transforma en una esfera animada la zona que hay entre ojo y objeto” (2003, p. 28).

Así van apareciendo imágenes, relatos, “metáforas” que plantean ese espacio esférico (no la pompa como tal, sino ese campo, ese espacio que hay entre la pompa y su creador, ese momento de intimidad): resonancias entre enamorados, amores recíprocos que se plantean primeramente como relación intercardial, entre corazones, y luego como relación interfacial, entre rostros. En la primera acepción tenemos que lo que ocurre en el interior del hombre, lo que se reconoce como la intimidad más cavernosa, se ha localizado metafórica y (en algunos extremos casos de *canibalismo* cardial) físicamente en el corazón, o más bien en dos corazones que mutuamente se reconocen y complementan. Y, en segundo lugar, cuando los rostros se miran no sólo se miran, se intercambian mutuamente ante la imposibilidad de mirarse a sí mismos mientras miran al otro; los rostros se complementan en el encuentro mutuo; mi rostro es tu rostro y, claro,

el tuyo es el mío mientras nos miramos: “entre los rostros se da, así pues, una zona resonante especial muy fina a la vez que muy cargada que quizá habrá que llamar, con más motivos que los que merecerían los genitales, la zona íntima” (2004, p. 165).

Pero en estas relaciones subjetivas no está toda la fuerza de la espacialidad esférica; en el punto más álgido del discurso de Sloterdijk aparecen tres capítulos que se complementan consecuentemente: “La clausura en la madre, *para la fundamentación de un ginecología negativa*”, “El acompañante originario, *réquiem por un órgano desechado*” y “Compartidores del espacio anímico: *ángeles, gemelos y dobles*” que plantean la microesfera como resultado de relaciones presubjetivas. El primero plantea la situación histórico-espacial del hombre como habitante de placentas semióticas – a más de las amnióticas. Aquí el autor fundamenta una “ginecología negativa” en la que la madre no será nunca mostrada como mujer física con hijos, sino como espacialidad inmunitaria, como microclima, como territorio primario (la madre tierra que guarda los antepasados muertos en su seno, la madre patria, el lugar de nacimiento como lugar de la añoranza). Esta ginecología se funda en que los sujetos premodernos siempre habitaron un interior, asisten siempre como al

cobijo de una madre en la esfera de su vivencia cotidiana; desde el paleolítico, pasando por las grandes culturas antiguas, encontramos siempre una estrechísima relación del hombre con la tierra que lo vio nacer, que lo parió. Sólo la modernidad pudo eliminar ese metafórico cielo protector que la madre permitía, y su versión de espacio, la *res extensa*, convirtió a sus habitantes en seres del afuera, en ocupantes de exteriores inhóspitos.

Pero es “*El acompañante originario*” el capítulo que muestra de manera más tajante la estrechez de la relación dual-esférica y las consecuencias melancólico-modernas de su ruptura en individuos solitarios.

La primigenia relación micro-esférica, la primera burbuja es el ser en la placenta, el feto. Los nacimientos son siempre de dos, después del bebé siempre hay un segundo en forma de placenta, que a menudo se trató como sosias del primero, lo que implicaba un trato especial a ese pseudo-ser que cuidó del ser durante la *noche fetal*.

No obstante, el subtítulo del capítulo muestra un procedimiento que dejaría mucho que desear a aquellos cultos placentarios: “Réquiem por un órgano desechado”. Desechar la placenta es el acto de individuación primario, dice Sloterdijk, y nuestra primera falta esférica ocurre cuando nuestro

acompañante originario cae en las manos del aséptico cirujano y... al basurero.

Llegamos acompañados al mundo pero sólo uno se mantiene; somos un uno sin dos: “el órgano que nos prepara a contar desde dos [...] no habrá existido jamás oficialmente en el nuevo mundo de individuos sin compañía [...] al sujeto se le convierte en un ser aislado y se le acondiciona a su ser prenatal como un primero sin segundo” (2003, p. 350).

Aquí está planteada la crítica más fuerte a los procedimientos de individuación modernos. El individuo para ser tal tuvo que pasar por oprobios e invasiones a sus acompañantes complementarios; eliminaciones sistemáticas de dobles y gemelos con los que somos en el mundo: descalificaciones tajantes elaboradas por el proyecto de los hombres en existencia solitaria. La autarquía es la norma para los que se quedaron solos el día de la separación primera, “el individualismo moderno es el nihilismo placentario” (2003, p. 352).

Decimos antes que esta parte del libro es importante en cuanto plantea la relación esférica como presubjetiva; no se pasa por alto en este caso a qué corresponde esta relación en el interior prenatal: las teorías psicoanalíticas fracasaron en su obstinación de presentar al feto, incluso al bebé como sujeto, ya que

dentro del útero no ocurre una relación subjetivo-objetiva completa a la que el *individuo-feto* se enfrente como tal.

Sloterdijk realiza una revisión de la doctrina psicoanalítica de las fases de desarrollo, “en la que un órgano de su cuerpo como sujeto predecesor va asimilado[se] a una magnitud del mundo externo como polo objetivo” (2003, p. 272), a saber, fase oral: boca-pezones, fase anal: ano-excremento, fase genital: órgano genital-madre como objeto de amor.

Para validar su posición crítica Sloterdijk se remite al trabajo de Tomas Macho, específicamente a su particular estudio de los nobjetos; en situaciones pre-subjetivas las relaciones primarias que tiene el feto con su reducido entorno son también pre-objetivas; el líquido amniótico que media todas las sensaciones, el cordón umbilical con el que seguramente hay encuentros táctiles, muy especialmente con los sonidos que el bebé alcanza a escuchar del exterior (este último punto se completa con un bellissimo capítulo en el que revisa las situaciones íntimas psicoacústicas, enfocando su atención en el primero y más intenso sonido exterior posparto, el saludo que le da su madre) y, como primer acompañante en el exterior, la bienvenida

neumática, la primera bocanada de aire.

Hay una curiosa figura a la que Sloterdijk dedica unas páginas; no sólo por su peculiaridad sino también por su versatilidad como acompañante íntimo, el *idiota*². El sujeto idiótico, dice Sloterdijk, es aquel que se comporta como si no fuera él mismo, sino más bien como su doble, su íntimo complemento; por lo tanto potencialmente podría ser el íntimo complementador de cualquiera con quien se tropiece, un comodín placentario: “el idiota se placentariza a sí mismo, en cuanto ofrece a cualquiera que se cruza en su camino, como si se tratara de un cojín intrauterino, una experiencia de proximidad inexplicable” (2003, p. 429).

Esta idea del idiota redondea el concepto de esfera, en cuanto lo delimita con un personaje permeable, el que se separa de sí para ser su otro, y el otro de todos, el que afina finalmente el nervioso movimiento de los individuos que se quedaron solos en las fauces del proyecto moderno.

En última instancia, con una reflexión teológica acerca del espacio trinitario del dios cristiano, Sloterdijk da la puntada final para referirse al espacio interior: la trinidad representa la inmanencia total, “vive inmanentemente quien

²“excurso 7, sobre la diferencia entre un idiota y un ángel” (2004, pp. 325-330)

sabe permanecer (*manens*) en el interior (*in*)” (2003, p. 544). Ser en un interior total excluido de cualquier exterior posible, es el que corresponde a la esfera trinitaria.

La relación en extática inmanencia no deja espacios vacíos para el devenir; el espacio de esta inmanencia extática es la relación misma: “Si hubiera que localizar en alguna parte al Padre al Hijo y al Espíritu, sólo podría hacerse en el albergue que mutuamente se proveen” (2003, p. 539).

Para nombrar esta relación de coexistencia sin-lugar-autolocalizante, Sloterdijk se remite a una expresión de Juan de Damasco: *perichoresis*, que se refiere a que las personas no son localizables en espacios exteriores definidos, sino que en sus relaciones crean sus propios espacios; es sólo en la relación que están y que son, el uno está y es en el otro.

Es aquí donde la *inmanencia* entra en juego: estancia en el interior que, más que lugar es relación; los seres del interior no

están aislados en una esfera impenetrable, están, más bien, compenetrados, en íntima relación, espacializándose, dándose lugar, en éxtasis total.

Es ser en microesferas, en burbujas, se plantea entonces como una relación, como un *ser-con* más que un *ser-en*; los amantes, los gemelos, las presubjetividades placentarias son todas burbujas donde lo que prima es el ser desde dos; de ahí que la intimidad se halla en las relaciones, no en las búsquedas personales del “yo” en el “sí mismo”, sino en los complementadores, con los que se vive, como la trinidad cristiana, en extática inmanencia.

Es improbable dar cuenta de un texto tan rico en figuras poéticas en unas pocas páginas; apenas si se pueden plantear los temas de manera general y escueta. Sólo nos queda, entonces, invitar a permitirse una inmersión esférica en un espacio que un filósofo se arriesga a enfrentar, el de la vivencia íntima de la otredad 